

EL REY DE NEMI

EL JUICIO DE CALÍGULA

SANDRA PARENTE

Novela histórica



Ediciones Evoke
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

Evoke
Histórico-Mitológica

EL REY DE NEMI

EL JUICIO DE CALÍGULA

SANDRA PARENTE

Novela histórica



Ediciones Evoke
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

Evoke
Histórico-Mitológica

El rey de Nemi
El juicio de Calígula

Primera Edición

© Sandra Parente

Diseño de portada

© Sandra Delgado

© **Ediciones Evohé, 2017**

www.edicionesevohe.com

ISBN:978-84-947148-3-2

EL REY DE NEMI
El juicio de Calígula

Sandra Parente



Ediciones Evohé

*Para Alejandro que perseguía un aro verde,
persigue siempre tus sueños.*

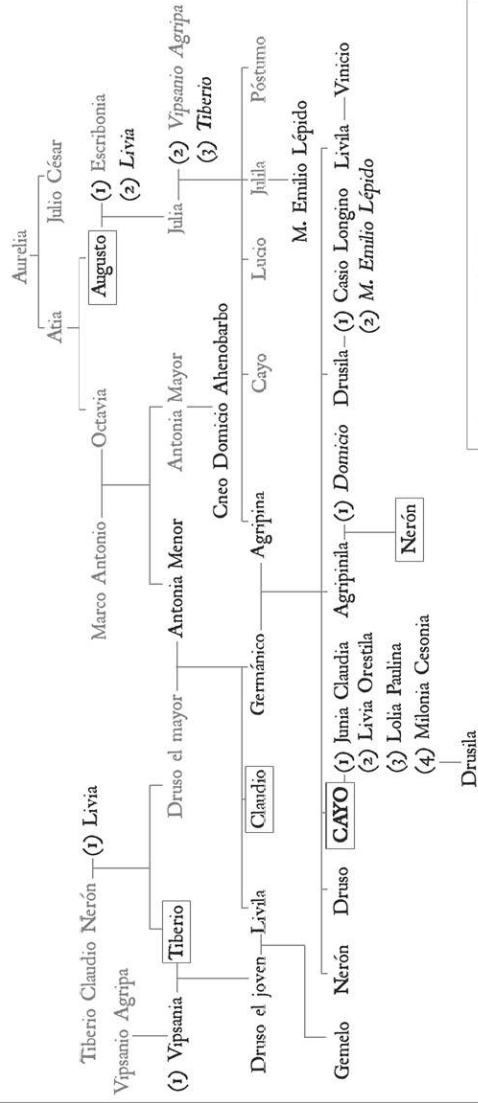
*Para Yaco, ab imo pectore, por los días de vino y
olas.*

*Para mi familia y amigos, a los que siempre han
estado y no se han ido.*

Para Dolores, José y Joaquín. S.V.T.L.

Y para ti, por haber llegado hasta aquí.

Árbol genealógico de Cayo



Autora: Sandra Parente.

No es exhaustivo, ya que ha sido simplificado para facilitar su comprensión.

| | |
|--|--|
| | Emperador |
| <i>Cursiva</i> | Persona que aparece varias veces |
| (1)/(2)/(3)/(4) | Orden de los enlaces matrimoniales |
| Grís | Persona que Cayo no conoció, por muerte o exilio |

DRAMATIS PERSONAE

Personajes principales (por orden alfabético):

Agripina (Vipsania Agripina, más conocida como Agripina la Mayor): Madre de Cayo, esposa de Germánico, nieta de Augusto, nieta política de Livia e hijastra de Tiberio. Se dice de ella que era la nieta favorita de Augusto. Al igual que su marido, al que acompañó en todas sus campañas, contaba con una gran popularidad y era muy respetada por su virtud.

Agripinila (Julia Agripina, conocida como Agripina la menor): Hermana menor de Cayo con el que se lleva tres años. Es la cuarta hija de Germánico y Agripina y madre del futuro emperador Nerón.

Antonia la menor: Abuela paterna de Cayo. Es hija de Marco Antonio, al que nunca conoció, y de Octavia, hermana del emperador Augusto. Es la madre de muchos hijos de los que solo sobrevivieron Germánico, Livila y el futuro emperador Claudio. Fue una mujer muy respetada y admirada por su virtud y belleza. Rica e influyente, a menudo recibió huéspedes prestigiosos en su hogar, muchos de ellos procedentes de Oriente, en donde mantenía influencias y contactos.

Atenodoro de Corinto / Erastos: Personaje ficticio. Filósofo estoico y antiguo pedagogo de Cayo durante su infancia. Amigo del liberto Calixto y discípulo del filósofo Atenodoro de Tarso del que toma el nombre al convertirse en su alumno. Este último existió realmente y fue maestro de Augusto durante su juventud. Plinio narra que realizó el exorcismo de un fantasma en una casa de Atenas.

Calixto: Liberto imperial cercano al poder y amigo de Atenodoro de Corinto.

Cayo (Cayo Julio César Augusto Germánico, también conocido como Cayo César o Calígula): Emperador de Roma a partir del año 37. Es el protagonista de esta historia.

Cicerón (Marco Tulio Cicerón): Importante letrado de finales de época republicana. Probablemente el abogado de mayor fama de la Historia de Roma. Es el fiscal del juicio en los infiernos. Cicerón, en vida, había atacado con vehemencia a Marco Antonio a través de sus Filípicas. Sin embargo, no consiguió hacerlo declarar enemigo público. Con la reconciliación entre Octavio y Marco Antonio y la subsiguiente conformación del llamado segundo triunvirato junto a Lépido, Octavio le dio la espalda y Marco Antonio ordenó su ejecución. El alma de Cicerón, resentido con los dos, desea condenar al descendiente de ambos: Cayo.

Drusila (Julia Drusila): Hermana favorita de Cayo, cuatro años menor que él. Es la quinta hija de Germánico y Agripina.

Germánico (Nerón Claudio Druso y luego, oficialmente, Julio César Germánico. Obtuvo el sobrenombre de Germánico por sus victorias en esas tierras): Es el padre admirado de Cayo. Hijo de Antonia y de Druso el mayor, esposo de Agripina, sobrino de Tiberio que lo adopta, convirtiéndose, de esta guisa, en heredero. Tras recibir el consulado en el 12, recibió, al año siguiente, de manos de Augusto la dirección de la provincia de Germania y el mando de las legiones de esta provincia, cuya revuelta sofocó. Muy popular entre sus tropas, estas se amotinaron a la muerte de Augusto para nombrarlo emperador. Tiberio lo reclamó en Roma en donde se celebró su vuelta con un triunfo.

Gemelo (Tiberio Julio César Nerón Gemelo, conocido como Tiberio Gemelo): Primo de Cayo, nieto de Tiberio y progenie de su hijo único, Druso el joven junto con la tía de Cayo, Livila. Tiberio Gemelo, en esta obra, presenta una

discapacidad psíquica. Se sabe, por las fuentes clásicas, que fue apartado de la vida pública de forma sistemática a lo largo de su vida.

Herodes Agripa: Príncipe originario de Judea educado en casa de la abuela de Cayo, Antonia. Era amigo de Druso el Joven y lo es también de Cayo y de su tío Claudio.

Livia (Livia Drusila): Bisabuela de Cayo, segunda esposa del emperador Augusto. Madre del también emperador Tiberio y del abuelo de Cayo, Druso el mayor. Es por lo tanto, la abuela de Germánico y abuela política de Agripina. Se casó en primeras nupcias con Tiberio Claudio Nerón, con el que tuvo dos hijos, Tiberio y Druso el mayor. Se divorció para casarse con Augusto. Se dice que ambos tuvieron un matrimonio por amor y que ella era una mujer extremadamente perspicaz, inteligente y una gran consejera para su esposo.

Lépido (Marco Emilio Lepido): Hijo de Julia la menor y, por lo tanto, primo hermano y amigo de Cayo. Era apodado Ganímedes, al igual que el copero de los dioses. Se casó con la hermana de Cayo, Drusila y por lo tanto, también se convirtió en su cuñado.

Macrón (Nevio Sutorio Macrón): Antiguo prefecto de los vigiles, se convierte en prefecto del pretorio con la caída de Sejano. Aliado de Cayo y esposo de Ennia Trasila.

Querea (Cayo Casio Querea): Tribuno de la guardia pretoriana y hombre cercano a Cayo. Se cree que fue un centurión fiel a Germánico durante los motines de sus tropas en Germania.

Tiberio (Tiberio Claudio Nerón): Emperador de Roma. Es el tío abuelo de Cayo, tío de Germánico, padrastro de Agripina, padre de Druso el joven, abuelo de Gemelo e hijo de Livia. Cuando estaba felizmente casado con Vipsania fue obligado a divorciarse de esta para casarse con Julia, la hija del Emperador Augusto y madre, entre otros, de Agripina. Repudió a Julia alegando una vida de adulterio y lujuria, para luego retirarse a la isla de Rodas. Las

circunstancias llevaron a Augusto a necesitarlo y a hacerlo llamar para nombrarlo entonces heredero al Imperio.

Personajes secundarios (por orden alfabético):

Apronio: Suegro de Getúlico y legado de las legiones del Rín Inferior.

Agripa (Marco Vipsanio Agripa): Abuelo materno de Cayo, hombre de confianza del emperador Augusto y padre de Agripina. Cayo nunca llegó a conocerlo ya que Agripa muere 24 años antes de su nacimiento (12 a.C). Agripa no tenía un ilustre linaje, pues descendía de una rica familia de rango no senatorial sino ecuestre. Se dice que Cayo se avergonzaba de esta parte de su linaje.

Augusto/Octavio (Cayo Julio César Augusto nacido como Cayo Octavio Turino): Bisabuelo de Cayo. Primer emperador de Roma. Esposo de Livia, abuelo de Agripina, padrastro de Tiberio y luego su padre adoptivo. Muere meses antes del segundo aniversario de Cayo.

Caronte: Barquero de los infiernos.

Claudia Pulcra: Amiga íntima de Agripina condenada por Tiberio

Claudio (Tiberio Claudio César Augusto Germánico): Hijo de Antonia y de Druso el mayor. Tío de Cayo por vía paterna y por lo tanto, hermano de Germánico y Livila. Es el tío de Cayo que llegará, como es sabido, a ser emperador tras su muerte. Se dice de él que padecía de diversas taras físicas y que fue tartamudo durante su infancia por lo que se la apartó de una carrera pública acorde a su linaje, pero que era una persona inteligente y un gran historiador. Sabemos que era amigo íntimo de Herodes Agripa que creció en su hogar, junto a su madre Antonia.

Calvisio Sabino (Cayo Calvisio Sabino): Propretor de Panonia, cuñado de Getúlico.

Cesonia (Milonia Cesonia): Cuarta y última esposa de Cayo. Con ella tendrá una hija de nombre Julia Drusila.

Corbulón (Cneo Domicio Corbulón): Hermano de Cesonia y cuñado de Cayo.

Domicio (Cneo Domicio Ahenobarbo): Domicio es el único hijo varón de Antonia la mayor (hermana de la abuela de Cayo, Antonia la menor) y, por lo tanto, primo tercero de Cayo y de su esposa, Agripinila, al que fue prometido por expreso deseo del emperador Tiberio. Fue descrito por las fuentes como “totalmente detestable”, aunque puede formar parte de la leyenda negra de su hijo, el futuro emperador Nerón.

Druso (Druso Julio César): Hermano mayor de Cayo. Es el segundo hijo de Germánico y Agripina. Es cinco años mayor que Cayo. Al igual que su hermano Nerón, tras la muerte del hijo de Tiberio, Druso el menor, empieza a ser considerado como un firme candidato a la sucesión del imperio.

Druso el mayor (Nerón Claudio Druso Germánico): Abuelo paterno de Cayo. Hijo de Livia, hermano de Tiberio, marido de Antonia, padre de Germánico, Claudio y Livila. Favorito para suceder a Augusto y soldado de gran prestigio y popularidad, murió a los 29 años (veintiún años antes del nacimiento de Cayo).

Druso el joven (Tiberio Druso Claudio Julio César Nerón o Julio César Druso): Primo segundo y tío político de Cayo pues estaba casado con su tía Livila (hermana de su padre Germánico). Hijo de Tiberio y Vipsania. Nieto de Livia y padre de Gemelo, amigo de Herodes Agripa. Declarado heredero del Imperio a la muerte de Germánico. Muere supuestamente por una conjura entre Livila, su esposa y el prefecto del pretorio, Sejano cuando Cayo solo tenía once años.

Eaco: Juez de los infiernos

Ennia (Ennia Trasila): Esposa de Macrón y nieta de Trasilo, astrólogo de Tiberio.

Getúlico (Cneo Cornelio Léntulo Getúlico): Carismático legado de las tropas de Germania Superior. Fue el único superviviente entre los allegados de Sejano que podría haber salvado su vida por su popularidad frente a la tropa. Es el cuñado de Calvisio Sabino y el yerno de Apronio.

Helicón: Liberto de la corte de Cayo.

Hipias: Personaje ficticio. Maleante de los bajos fondos de Roma, originario de Corinto en donde conoció a Atenodoro cuando aún se llamaba Erastos.

Julia la mayor: Abuela materna de Cayo. Madre de Agripina. Hija del emperador Augusto. Hijastra de Livia y segunda esposa de Tiberio. Tras la muerte de su segundo esposo y padre de Agripina (Agripa), se tuvo que casar con Tiberio. Tuvieron un matrimonio infeliz del que nació un hijo que murió durante su infancia. Julia fue acusada de promiscuidad y de adulterio, por lo que fue desterrada por su padre, primero en la isla de Pandataria y luego en Calabria. Murió con el ascenso de Tiberio al poder cuando Cayo tenía dos años.

Julia la menor (Julila o Vipsania Julia Agripina): Tía de Cayo por vía materna. Hermana de Agripina y nieta de Augusto. Acusada de adulterio, al igual que su madre, fue desterrada. Sin embargo, algunas fuentes apuntan a que pudo ser parte de una conspiración fracasada junto a su hermano Póstumo. Muere en el exilio durante la infancia de Cayo que nunca llegó a conocerla.

Junia Claudia: Hija del influyente senador Marco Junio Silano. Fue la primera esposa de Cayo.

Livia Orestila (o Cornelia Orestila): Segunda esposa de Cayo

Livila (1) (Livia Julia): Tía de Cayo por vía paterna y, por lo tanto, hermana de Germánico y de Claudio, hija de Antonia, sobrina del emperador Tiberio, pero también su nuera, al estar casada con su hijo, Druso el menor. Madre de Tiberio Gemelo. Se dijo que había tenido una relación con el prefecto del pretorio, Sejano y que ambos habían sido los causantes de la muerte prematura de su marido, y entonces heredero al imperio, Druso el joven. Sin embargo, en el momento de su muerte, nadie sospechó de ambos.

Livila (2) (Julia Livila): Hermana menor de Cayo con el que se lleva seis años. Es la benjamina de los hijos de

Germánico y Agripina.

Lubaeco: Personaje ficticio Mozo de cuadra de los verdes.

Lolia Paulina: Tercera esposa de Cayo César.

Longino (Lucio Casio Longino): Primer esposo de Drusila y, por lo tanto, cuñado de Cayo. Fue un reconocido jurista con influencia en el senado que alcanzó el consulado en el año 30.

Marco Antonio: Bisabuelo de Cayo. Esposo de Octavia, hermana de Octavio, con el que tendrán a dos hijas, Antonia la mayor y la menor. Célebre estadista y militar romano. Hombre fuerte de César primero, se convirtió en triunviro junto a Octavio y Lépido. Antonio recibió el control de las provincias orientales del Imperio, empezó una relación con la reina Cleopatra VII de Egipto y combatió a los partos. Fue desentendiéndose cada vez más de los asuntos de Roma, centrándose en sus campañas contra Partia y Armenia. Apartado Lépido de la escena y rota la alianza, Octavio, dominador del occidente romano, que había ganado la batalla política en Roma explotando la «orientalización» de Antonio, se lanzó a la conquista de Oriente. Derrotó a Antonio en la batalla naval de Actium. Este se suicidó junto a Cleopatra cuando las tropas de Octavio entraban en Alejandría.

Minos: Juez de los infiernos

Nerón (Nerón Julio César): Hermano mayor de Cayo. Es el primogénito de Germánico y Agripina. Es seis años mayor que Cayo. Estuvo casado con la hija de Druso el menor, hijo de Tiberio y, por lo tanto, considerado como un firme candidato a la herencia del imperio, sobre todo tras la muerte de su suegro.

Pisón (1): Cneo Calpurnio Pisón. Cuando desempeñaba el cargo de gobernador de la provincia romana de Siria por orden de Tiberio fue acusado de formar parte, junto a su esposa Plancia, de la conspiración que acabó con la vida del padre de Cayo, Germánico.

Pisón (2): Cayo Calpurnio Pisón prometido de Livia Orestila y miembro del consejo privado de Calígula.

Plancina: Esposa de Cneo Calpurnio Pisón y amiga de Livia. Es acusada, junto con su marido que desempeñaba el cargo de gobernador de Siria, de participar en la conspiración que acabó con la vida del padre de Cayo, Germánico.

Protógenes: Liberto influyente de la corte de Calígula.

Quintilia: Actriz de la que, en esta novela, está enamorado Casio Querea.

Julio Grecino: Senador de Roma cercano a Silano. Redactó varios escritos de filosofía y sobre el cultivo de las vides.

Sabino (Cornelio Sabino): Tribuno de la guardia pretoriana.

Saturnino: Personaje ficticio. Esclavo en los jardines de Lamia.

Sejano (Lucio Elio Sejano): Poderoso e influyente prefecto del pretorio de Tiberio.

Servilio: Personaje ficticio. Esclavo de la familia de Cayo desde su más tierna infancia. Acaba convirtiéndose en esclavo atriense de Agripinila.

Silano (Marco Junio Silano): Respetado Senador y ex Cónsul. Padre de la primera esposa de Cayo, Junia Claudia y, por lo tanto, suegro de Cayo.

Skylax: Perro de Germánico y de Cayo durante su infancia.

Vipsania (Vipsania Agripina): Era hija de Marco Vipsanio Agripa y de la primera esposa de este, Cecilia Ática. Fue la primera esposa de Tiberio con quien tuvo un hijo, Druso el Joven. No obstante, al poco de este nacimiento, el emperador Augusto solicitó a Tiberio divorciarse de Vipsania a pesar del amor que le profesaba. Tiberio tuvo que casarse con la hija del emperador, Julia la Mayo, pero nunca pudo olvidar a Vipsania. Esta volvió a casarse con Gayo Asinio Galo, un senador que se convirtió en uno de los opositores de sus opositores, una vez Tiberio alcanzó la púrpura imperial.

La historia de Tiberio y de Cayo y la de Claudio y Nerón se escribieron falseadas por el miedo mientras ellos estaban en el poder; tras su muerte, amañada por los odios recientes.

TÁCITO, *Anales* I.1.2-3

PRÓLOGOS

EN EL PRINCIPIO ESTÁ EL FINAL

Se niega a vivir quien se niega morir
SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, 30.10

Cayo, distraído por las palabras del barquero, sale de la chalupa. Cierra los ojos con profunda molestia, con los pies encharcados en el fango. Caronte ni se inmuta. El emperador fallecido no tarda en escuchar la salpicadura del agua a sus espaldas al ser removida por el remo. El barquero ya se está alejando para recoger a otras almas en su deambular sempiterno entre las dos orillas.

El mundo parece diferente en este margen de la laguna Estigia, entre el gris claro y oscuro. Cayo parpadea. No está solo. Suspira. Las almas se arremolinan a su alrededor. Busca una salida, pero la multitud lo arrastra como un río salvaje que se lleva todo a su paso.

En una exhalación, está ante unas aplastantes puertas de bronce tiznadas de verde por el efecto de la corrosión. Entonces algo muda en el aire que lo rodea. Siente un resuello helado sobre su nuca. Un sonido gutural emana de las entrañas de la tierra. Ahí está una bestia que le hiela el alma y le revuelve las entrañas. Ahí está el cancerbero, el monstruoso perro de tres cabezas con lomo erizado de serpientes y cola de dragón

Cayo se rebela. Enfrenta la mirada animal de la bestia pero la marea de almas se sofoca asustada. Se sacude y huye del cancerbero. Cayo es arrastrado hacia el corazón de los infiernos. Todo lo que le rodea huele a Octubre. Ha perdido otra vez y trata de echar la vista atrás, pero sólo ve almas, muertos que caminan y empujan en una única dirección. Ha perdido otra vez y se deja llevar.

Avanza sin rumbo conocido, con la mirada en su interior. Ya no hay vuelta atrás. Lo sabe. Ha traspasado las puertas. Ya no volverá a ver la luz del sol, a sentir la brisa matutina sobre su rostro, el azote del viento contra su cara al cabalgar al galope, la lluvia calar sus huesos, el palpitar de su corazón al

fornicar. Ya no habrá poder, ni eternidad. Tampoco padecerá más conspiraciones ni miedos... Ya no habrá. Ya no es.

Ahora que está al otro lado del velo, los recuerdos de la oscuridad afloran confusos. Antes de llegar a los infiernos, estuvo perdido tanto tiempo, convertido en un fantasma errante. No había estrellas ni luz. Solo el frío, el silencio, una melodía en su memoria y la huida de un caballo moribundo.

Hace frío. ¿Quién ha apagado el sol y las estrellas? Lucen días sofocados, sin un amanecer que dé brillo a una turbia claridad. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Estoy solo. Ahogado. Con un sabor metálico hostigando mi lengua hinchada.

No recuerdo quién soy. De dónde vengo. Solo me queda un nudo en las tripas y la sensación filosa de una espada clavándose en mi boca. Trata de atravesar mi garganta desde dentro. Tengo miedo.

De cuando en cuando, escucho el sonido del galope de un corcel. Relincha agonizando por el esfuerzo. Su saliva cae desde la nada, como una espuma a mis pies, convertida en sangre. El resto del tiempo, reina un silencio invisible. Restalla contra mis oídos. Es un grito angustiado porque se ahoga en cuanto nace. En mi mente, un martillo se abate sobre fruta madura. La aplasta y esparce sus jugos. Amenaza con reventar mi cabeza y yo silbo una melodía tan dulce y cálida como helado resulta este lugar. Es lo único que recuerdo. Por encima del frío, de la soledad y del maldito silencio. Silbo y siento las lágrimas caer, pesadas. Son iguales a la carne cuando es separada con violencia del hueso. Ruedan por mis mejillas, a las que desgarran.

Fiu, fiu, ploc, toc, plas. Silbido. Lágrima. Galope y martillo. Me estoy volviendo loco. No hay nadie. No hay estrellas. No hay luz. Solo el silencio y la huida de ese caballo moribundo.

¿Me oye alguien? Ayúdame, por favor.

Palatino, Roma, madrugada del 1 de mayo del año 41

La llama de la lámpara de aceite, frágil en un inicio, se estira para esbozar un mapa en la oscuridad. Tres siluetas simulan bailar a su compás mientras avanzan en la penumbra. Los pasos de Calixto guían al pequeño grupo en aparente calma. Con pulso de hierro, sostiene la lucerna que apenas devora unos pasos a la negrura. Toda una vida fingiendo calma pero, aquella noche, el alma de Calixto tiembla. Solo un detalle lo delata. Limpia sus manos sudorosas contra su túnica de forma demasiado reiterada para alguien acostumbrado a ocultar lo que piensa o siente. Detrás, su amigo, Atenodoro de Corinto, sigue su rastro. Está sereno y consigue transmitirlo. Su imagen es la de un hombre experimentado en estas lides. Se enfrenta al próximo acontecimiento con una calma casi molesta ante la perspectiva de lo que están por vivir.

Unos pasos tras ellos, de forma inesperada, se dibuja la silueta de una noble dama que avanza siguiendo una estela invisible. No entiende por qué el griego le impidió llevarse con ella a algún esclavo pero, a pesar de sus deseos, tuvo que ceder. Las apariencias importan demasiado y desea agradar a su tío sobre todas las cosas. Además, bien pensado, en poco podía auxiliarla un esclavo ante lo que están por presenciar. ¿Realmente aquello va a ocurrir? El rencor la carcome, el recelo la consume y la aprensión que le genera la expectativa de lo que han venido a hacer, en aquella noche fría, le aterra. No. La noble dama no desea estar en este lugar y por eso le evita a su hermana pequeña tener que pasar por ese tormento. Ella sola se bastará. Como siempre, en realidad. Eternamente sola entre sus muchos hermanos. Durante años, odió su vida, su marido, los golpes, moretones. Durante años se odió a sí misma, mientras veía la vida pasar como en el fulgor de un espejo.

La llama de la lámpara consume el aceite y la oscuridad al compás de los pasos del pequeño grupo. Livianos los de ella, aparentemente confiados los de ellos. Calixto, a pesar de sus miedos, conoce bien el lugar y dirige a sus compañeros, con

la convicción de quien no tiene que pensar en el camino que está recorriendo para llegar al destino prefijado en su mente. El túnel por el que avanzan no es estético, ni siquiera está bien iluminado. Lo único cierto es que están andando por un sencillo criptopórtico, un lugar de tránsito, que ahora une dos mundos envueltos en un espeso silencio.

El avance parece dilatarse en el tiempo. El aire se hace escaso, las sombras más altas, los pensamientos oscuros. Para cuando Calixto llega frente a una bifurcación hacia una anodina letrina, desea sin embargo que el tiempo vuelva a extenderse, incluso que vuelva atrás, hacia un lugar lejano y caluroso, al amparo de un abrazo bajo una encina centenaria. Sus manos sudan y vuelve a limpiarlas contra su túnica.

—Pasiones, pasiones... Basta con una fisura para que inunden todo y el barco se hunda ¿Qué puedes perder? ¿La vida? —La risa del filósofo Atenodoro rompe un silencio que amenazaba con tragarlos—. Lo peor que te podría ocurrir es morir y, fíjate, eso nos va a pasar a todos algún día.

La sonrisa de Atenodoro se dibuja con cierto orgullo bajo su barba. El de Corinto quiere aligerar el ambiente. Calixto, sin embargo, mira a su amigo con incompreensión, mientras la noble dama decide ignorarlos para perderse en un reflejo del pasado recreado en sus pensamientos.

—Conocía a un tipo —continúa el de Corinto— que decía que no hay que tener miedo a la muerte. ¿Y sabes por qué? Pues... porque cuando vivimos no está presente y cuando está presente, nosotros ya no estamos. —El hombre se volvió a reír ligeramente—. Para alguien como yo, que cree en lo sobrenatural, no tiene ningún sentido, pero para alguien como tú, que siempre se burló de todas esas cosas, tiene lógica, ¿no crees?

La palidez de Calixto parece hacerse mayor a medida que Atenodoro sonriente encauza un discurso demasiado jovial para su estado de ánimo. Toma aire mientras un leve temblor lo sacude.

—No soy un hedonista epicúreo que convierte a la razón en un simple juez de sus placeres.

—¡Oh! Calixto, relájate. Qué engolado eres a veces.

El liberto niega con la cabeza de forma ostensible, irritado por las palabras del griego. Frustrado y asustado, en realidad, por lo que está obligado a vivir.

—Algo tan frívolo debería molestarte a ti más que a nadie. Mi problema es que ahora hasta dudo de mis dudas. No solo fueron los testimonios sino que lo que vi... lo que sentí... ¿Lo entiendes? Ahora tengo que reconsiderarlo todo. Además, en realidad me había traicionado a mí mismo, pues aquellas dudas no eran sino certezas. Y ahora...

Ahora duda de sí mismo, de sus acciones y consecuencias. Duda de la duda. La culpa siempre había sido un sentimiento ajeno a él, a su carrera y su ascenso. La duda solo debía existir en la abstracción, jamás en sus acciones. Con Atenodoro podía mostrarse de forma diferente, lejos del teatro de su vida. Sin embargo, ahora... Ahora Calixto duda de sus actos, de sus pensamientos, tiene miedo y, mientras las palabras fluyen desbocadas, el vaho vuelve a escaparse de sus finos labios.

Atenodoro sonrío para sus adentros mientras se fija en esos labios delicados por los que las palabras huyen asustadas. Va a contestarle, burlándose de él, de una postura vacilante que parece un eterno pleonismo. «Dudas de la duda por no haber dudado», va a decirle, siguiendo con un debate que en realidad muestra ser más superficial de lo que hubiera creído nunca. Sin embargo, sus palabras se quedan atrapadas en su garganta. Es un mero detalle, pero los ojos claros de Atenodoro se centran, como busto imperturbable, en los labios de Calixto. El filósofo expulsa aire y ve cómo este se convierte en vaho. Alza su mano pidiendo silencio, como un orador experimentado ante un público demasiado ruidoso.

—Está aquí —susurra el filósofo

—¿Aquí? ¿Quién? No. ¿Él?... No... —El rostro de Calixto acaba de tomar el mismo tono que la cal que usan los obreros para cuajar el cemento—. No puede ser...

La noble dama siente como el vello de sus brazos se eriza. Está aquí y tendrá que volver a enfrentarse a un pasado que sigue persiguiéndola.

El sol todavía se resistía a desaparecer en el horizonte. Lucía como una pequeña canica de arcilla, iluminando aún un cielo que se oscurecía a marchas forzadas. Saturnino elevó los ojos para encontrarse con el leve albor de Vésper. Manchaba el manto celestial con el primer brillo de la noche. Pronto, el cielo se vería salpicado por un incontable número de estrellas. Saturnino pensaba que tenía que darse prisa para terminar su labor sin que la oscuridad lo atrapara. El intendente, Glauco, había sido claro con él. Aunque ya tuviera la espalda curtida por los latigazos, Saturnino deseaba evitar ser desollado por no terminar el trabajo que le había encomendado rematar.

El esclavo escupió sobre sus manos para volver a tomar la azada y clavarla con más fuerza en la tierra de aquel elegante jardín, enclavado en pleno Esquilino y en cuyo centro se hallaba una lujosa villa. El viento del norte soplabla con fuerza sobre el hombre. Helaba su rostro y adormecía sus extremidades. No sentía ni orejas, ni nariz, ni siquiera sus manos, a pesar de manejar con arresto la azada.

Casi no se veía nada. La oscuridad empezaba a cubrirlo y amenazaba con tragarlo. Saturnino se maldijo a sí mismo por no haber sido lo suficientemente previsor como para traer consigo pedernal, yesca y antorcha. En medio de la oscuridad, el ruido del viento se imponía al eterno telón de fondo que suponía la actividad de una ciudad que tampoco descansaba de noche. El silbido del aire se clavó en su oído; semejante a un grito agudo, le recordaba su realidad. Miró de nuevo hacia el cielo. Vésper ya no se percibía. Por contra, habían aparecido otras estrellas cuyo brillo parecía apagarse ante el omnipresente frío. En realidad era la niebla que, muy lentamente, se levantaba desde el lecho del Tíber para ahogar las siete colinas. El viento giró alrededor de Saturnino. Lo envolvía cual hielo al rocío cuando lo convierte en escarcha. La tierra estaba cada vez más dura, sus músculos doloridos. Y entonces Saturnino sintió un escalofrío. Fue como

si soplaran contra su oreja. Cada uno de los cabellos de su cuerpo se erizó. Sacudió la cabeza para volver a centrarse en su trabajo.

La azada se clavaba, una y otra vez, pesada y lentamente. Hería la tierra helada, marcando el compás de su esfuerzo en hondos golpes cuyo eco doblaba en la noche. La niebla trepaba, lenta, viscosa y pegadiza, como un espeso manto de algodón sucio que aparentaba ahogar al esclavo. Saturnino empezó a notar al sudor deslizarse, helado, serpenteando entre las vértebras de su columna. A estas alturas ni siquiera conseguía ver bien sus pies.

—¿Quién eres?

Una voz honda, salida de ninguna parte, acababa de interrumpir el tañer de los golpes de la azada. Saturnino miró a su alrededor. Tinieblas. Su corazón dio un vuelco para luego multiplicarse en varios. Batía contra su pecho, contra su sien y atenazaba su garganta al tiempo.

—¿Quién va? —Las palabras vacilaron al ser lanzadas, temblorosas, a la oscuridad. Desesperado, Saturnino dio vueltas sobre sí mismo con la azada en ristre. Trataba de escuchar. Primero, en silencio, percibió una respiración agitada; luego, un susurro traspasó la noche para helar su sangre.

—Sangro... —siseó la voz desconocida.

El murmullo fustigó su tímpano. Saturnino notó un aliento helado rozando el lóbulo de su oreja, erizando el vello de todo su cuerpo.

—Por Plutón, ¡muéstrate! —gritó nervioso.

De nuevo el silencio y su respiración convulsa. Los ojos de Saturnino parecían querer saltar hacia la oscuridad. Una ráfaga de viento. El frío entumecía su espalda. Sentía el peso de una mano invisible sobre su omóplato. Su mirada se congeló en un punto medio entre su hombro y las tinieblas. Por mucho que forzara la vista, solo percibía un vacío que amenazaba con tragar sus sentidos.

Y entonces el silencio, eterno en el miedo, se volvió nuevamente transitorio. Saturnino sintió un leve soplo junto a su lóbulo. Un silbido se esbozó entre las tinieblas. Era una

melodía conocida, una vieja nana que solían cantar las nodrizas a los niños para mecer sus sueños; sin embargo aquel silbido, seco, frío y sincopado, acompañaba una pesadilla.

Las pupilas de Saturnino se dilataron. Su corazón se desbocó como un caballo dando coces tras separarse del tiro de una cuadriga en carrera. Sus pies se mojaron, empapados en un charco nacido de su entrepierna. De repente, tras él, una rama se rompió, desgarrando como una daga aquel silbido infernal. El esclavo levantó la azada. Cortó la niebla y la hizo caer. Un nuevo ritmo sacudió la noche. Eran los golpes de Saturnino que apaleaba a la oscuridad con la fuerza del miedo. Perdido en aquella macabra danza, no llegó a sentir cómo un cálido líquido saltaba sobre su cuerpo. Era sangre. A sus pies se hallaba un cadáver inanimado y en su oído, invisible, un grito fantasmal ensordeció a la noche.

—¡Ayúdame!

*Roma, idus de marzo del 794,
después de la fundación de la Ciudad*

Calixto saluda a su Atenodoro.

Te sorprenderá que te escriba esta carta, amigo mío, yo que he sido siempre tan afín al escepticismo. Pero la vida me ha llevado por derroteros que nunca creí fuera a explorar. Aún recuerdo nuestras charlas en Capri sobre estos temas, la forma en que negaba cualquier argumento que tú o los demás me dabais y la rabia que sentía al pensar que algunos me ninguneaban por no pertenecer a vuestro círculo. Claro que solo pude sentir satisfacción cuando, con el transcurrir de los años y de las circunstancias de la vida, más de uno de esos pensadores altivos acudió a mí suplicando mi favor. La vida da demasiadas vueltas. Vuelcos inexplicables y a priori ilógicos. Esto es exactamente lo que estoy viviendo en estos momentos. A la vista de los acontecimientos, dirías que la diosa Temis existe y que pretende burlarse de mí, o quizás, quién sabe, vengarse por mi incredulidad. Debo reconocer que todo me asusta. Hace poco hubiera negado rotundamente su existencia, pero ahora... Ahora todo lo que sé y sabía ha cambiado. Ya no miro al mundo con la misma perspectiva. Tengo miedo, Atenodoro. Es un sentimiento que atenaza ahora a mis entrañas. Miedo a lo que soy y a lo que está pasando.

Te imagino preguntándote con una de tus sonrisas ladinas, ¿qué ha pasado para el todopoderoso Calixto esté de esta guisa? Pues bien, hace ya un tiempo que todo ha empezado. En el Palatino los esclavos dicen ver extrañas sombras. Afirman escuchar gritos e, incluso, una melodía que comentan no viene de ninguna parte. También dicen ver objetos volando. Lo mismo atestiguan los siervos de los jardines de Lamia. La realidad es que tal despliegue de rumores y noticias, aunque parezca contradictorio, me había reconfortado en la idea de que no eran más que habladurías. Como bien sabes, la mayoría del servicio es inculto y muy propicio a la superstición, por lo que, al menos en un inicio, no le di mayor importancia.

Sin embargo una de esas historias había llegado más lejos de lo habitual. Tal como procede en una situación de estas características, ordené, con el acuerdo del nuevo emperador, a la tortura de los esclavos implicados para poder dirimir su culpabilidad o inocencia en los acontecimientos. Pero ni los golpes, ni la sangre, ni el dolor del fuego cambiaron un ápice de sus palabras. El esclavo Saturnino decía haber asesinado a su capataz tras ser víctima del asedio de un espíritu infernal y confundirlo con este. Lo cierto es que todos los demás esclavos afirmaron, tras la habitual tortura, que el tal Saturnino fue hallado en estado de extrema desorientación junto al cadáver de su capataz. Personalmente, me conoces lo suficiente como para saber que me entrego a la Razón y, por entonces, me inclinaba a pensar que el esclavo había asesinado a su encargado por su dureza, pues esta fue reconocida por cada uno de los interrogados.

Pero entonces, amigo mío, tuve una revelación. Nunca había creído en ningún fenómeno. Recordarás que siempre afirmé que pocas cosas me molestan más en esta vida que percibir cómo personas inteligentes y cultas se entregan a la mentira. Falacias que solo deberían asustar a niños temerosos de que las estrigas sorban su sangre por las noches. Pero ahora... ahora temo haberme convertido en uno más. En un charlatán amigo de licántropos, lamias y fantasmas. Me traicioné a mí mismo, amigo mío. La paz mental está para mí más lejos que nunca y es que, querido Atenodoro, ahora me persigue el terror del miedo a lo desconocido.

El error y el terror sumados tienen temibles semejanzas que se superponen a una simple letra. Uno y otro se potencian hasta crear una marca oscura en el alma que nos hace retroceder en las cavidades subterráneas del conocimiento. ¿Pero qué pasó?, te preguntarás nuevamente. Pues bien, la otra noche, tras terminar algunos de mis informes, reparé en que...

Corinto, finales de marzo del año 41

Diez días habían transcurrido desde que Calixto había plasmado su preocupación en una misiva. La carta viajó de mano en mano, atravesando vías, ríos, olas y ciudades hasta llegar a Atenodoro que no tardó en romper su sello para recorrer sus líneas. El hombre se mesó la barba, incrédulo, mientras seguía leyendo las palabras de Calixto. No era el contenido de su carta lo que le incomodaba. No. Atenodoro de Corinto estaba lejos de tener problemas con las cuestiones sobrenaturales. Lo que chocaba al heleno era el súbito cambio de parecer de su amigo. El filósofo, contrariamente a lo que se podría presuponer, no se lo pensó demasiado. Recogió sus enseres y se dirigió hacia el muelle que tantas veces había pisado durante su infancia, para encontrar el primer barco que lo llevara desde su Corinto natal hasta las entrañas de la cabeza del Imperio, la eterna ciudad prometida a Eneas.

Jardines de Lamia, Roma, 23 de abril del año 41

Un mes más tarde, Atenodoro estaba clavando sus ojos sobre el esclavo que estaba frente a él. Le repelía su físico, en especial un lunar de grandes dimensiones coronado por tres pelos negros en una ancha nariz aplastada, semejante a la de un púgil. El filósofo escondía su mueca de aversión tras una tupida barba salpicada de hebras blancas que cubría parte de unos labios, fino el inferior, recogido en las comisuras el superior, otorgándole un aire que fluctuaba entre la seguridad, la altivez y el desdén, como si el mundo que lo rodeaba fuera una broma perpetua.

—¿Estás seguro de lo que me cuentas?

El hombre se mesó aquella barba que casi lo convertía en una caricatura de su gremio, semejante a un viejo busto de alguno de los miembros de la academia ateniense.

El esclavo tomó aire, nervioso, trémulo, como una hoja sacudiéndose a punto de caer del árbol en otoño. Algo parecía haberse cruzado en su garganta y tuvo que carraspear para seguir hablando.

—Sí. Tuvo que ser muy rápido. Aquel día... —Tragó saliva e impulsó sus palabras a salir de su boca, tomando aire—. Aquel día hacía un frío de pelar y todos estaban asustados después de lo ocurrido. Todos hablaban de lo mismo. No se sabía lo que iba a pasar.

Atenodoro se tomó el tabique nasal, pensativo. Entonces, solicitó a aquel esclavo que volviera a empezar desde un inicio. En su mente, el relato de los acontecimientos de aquellos hechos sucedidos a finales de enero, y de cómo lo habían vivido sus protagonistas se fue dibujando poco a poco.

Jardines de Lamia, Roma, unos tres meses antes

Las llamas crepitaban y bailaban al compás del bramar del viento. Se estiraban, furiosas y hambrientas, lamiendo el frío sin lograr calentar el ambiente de aquel invierno romano, más que de forma superficial. La mirada del noble extranjero se

perdía en aquella danza del fuego, casi ritual, con lágrimas en los ojos. La humareda, espesa y gris, se mimetizaba con la oscuridad de la noche, penetrando en las fosas nasales del judío. El viento frío hablaba de huesos, vísceras y carne humana quemada. El hombre parpadeó varias veces, tratando de apartar la molesta sal de sus ojos irritados, forzando la vista para intentar distinguir lo que quedaba del cuerpo dentro del fuego.

En el reverso del párpado, sin embargo, algo diferente estaba aconteciendo. La memoria se agitaba ante lo sucedido aquel día. El noble judío recordaba el miedo, el más terrible de los temores, grabado en los rostros de millares de personas, semejante al pavor de quienes dedican una inscripción a los dioses manes. Delante de él y del resto de la asistencia congregada en el teatro, en aquel día soleado de finales de enero, aparecieron, en lo alto del altar en donde se habían celebrado los sacrificios propiciatorios matutinos, tres nuevas ofrendas, cuya naturaleza mutó los rostros de los presentes del estupor al miedo.

La piedra del altar estaba acostumbrada a beber la sangre de sus víctimas pero, en aquel día, había algo peculiar en aquella inmolación. Algo que solo un bárbaro podría considerar correcto. Toda la gente congregada en el teatro pudo ver tres cabezas humanas cortadas. Tres rostros atrapados por el súbito tajo de la parca, con las pupilas dilatadas por la sorpresa y el terror imitando la circunferencia perfecta de un plato aretino. Sí. Aquel sacrificio de tres senadores, tras el sinfín de rumores que había corrido como una cuadriga en carrera por las gradas del teatro del palatino, asustaba, y el miedo se veía reforzado por la presencia de las espadas desenvainadas de aquellos hombres corpulentos que habían cometido aquel acto digno de su origen más allá de las fronteras del imperio.

Entonces, la voz del pregonero que presentaba normalmente los espectáculos, profunda y lúgubre, se había elevado sobre el murmullo circundante, confirmando algunos rumores, los peores temores para algunos, los más fervientes deseos para otros, especialmente entre los hombres más

elegantes y mejor situados entre la asistencia, los senadores. El silencio quedó acallado y muchos empezaron a gritar pidiendo venganza. Sin embargo, el sentir general era el de una manada asustada que se disgregaba sin orden alguno, huyendo de un depredador salvaje e invisible. La calma quedó atropellada durante la huida, pero, pronto Roma se vio sumida en un mutismo que le era extraño. La noche se había impuesto al día, sumiendo al ladrillo, el cemento y el mármol en la oscuridad.

Jardines de Lamia, Roma, 23 de abril del año 41

—¿Y dices que el hombre llegó a los jardines de Lamia a bordo de una litera? —preguntó el filósofo.

—No, no —contestó el esclavo—. La verdad es que cuando lo vimos llegar fue raro. Pero raro, raro. ¿Viste alguna vez a un tipo con pinta de tener la bolsa repleta de oro andando al lado de la litera? Los esclavos andamos al lado de las literas. No los tipos ricos. Ahí pasaba algo y le dije al Búntalo, que es uno que trabaja en las cuadras, que algo no cerraba en aquella historia... Bueno, en fin, que entonces nos escogieron a unos pocos. Tuvimos que ir a juntar madera y montar una pira... sí, una maldita pira, ahí —y señaló un lugar en el suelo en el que la hierba se ausentaba, con rastros de una tierra abrasada por las llamas—, ahí mismo, en plena noche y en medio de los jardines de Lamia, como si aquí nos dedicáramos a hacer esas cosas. Pero vamos, ya sabes; nosotros, ver, oír y callar.

El filósofo asintió. Volvió a mesar su espesa barba. Le ayudaba a pensar, como si distrayendo su cuerpo en la satisfacción de una necesidad tan básica como aliviar el picor que le provocaba la barba, pudiera centrar su pensamiento.

—Y dime, chico, ¿cómo viste al hombre que traía al cadáver?

—No entiendo muy bien, señor. Era un hombre muy rico, se veía a millas de distancia por sus ropas caras. Llevaba una túnica púrpura. Me contó un comerciante de Tiro que vale su peso en plata y que necesitan más de diez mil de esas conchitas raras para teñir una sola toga como esa. Un